

LA FOTO Y OTRAS MEMORIAS

ORLANDO ROSALES LUCENA





La Foto y otras memorias

Orlando Rosales Lucena

Orlando Rosales Lucena
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798865885269

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

LA FOTO

¿Ya cuántos años en aquel país?... ¿Ya cuántos años asistiendo casi religiosamente a aquel bar? Ese Lugar cálido, amable, acogedor, como una casa, lleno de caras ahora familiares, donde los tragos y las cervezas parecían tener un sabor especial. En el que después de tanta convivencia él mismo se había convertido como en parte de la decoración. Pero aquella noche era diferente, se sentía como la tarde de la primera vez que entró, entusiasta, curioso por la novedad, maravillado por ese ambiente como de películas viejas, esa noche lo embargaba ese mismo sentimiento, poder reencontrarse con José después de tantos años lo había sumergido en un estado de mucha agitación, verlo, poder abrazarlo, contarse cosas, revivir la adolescencia, la madurez temprana, el momento del grado universitario, la sociedad de aquella compañía de bienes raíces, los noviazgos y respectivos matrimonios, el primer hijo, la pérdida de los amigos y familiares, el tener que abandonar cada uno en diferente momento el país natal...aquel vacío de tantos años sin verse...pero esta noche todo aquello quedaría resarcido, volverían a verse, a estrechar sus manos y abrazarse.

Lo vio entrar por aquella puerta y la sensación fue como si no hubiesen pasado los años, era como si lo hubiese visto apenas la noche antes. José lo divisó apenas entrar e inmediatamente se acercó a la mesa,

Oswaldo se levantó, se miraron unos segundos, sonrieron, abrieron sus brazos al mismo tiempo y se abrazaron, al separar sus cuerpos continuaban sonriendo. Se sentaron, Oswaldo le hizo señas al mesero, y cuando este reparó en ellos, con la mano derecha formó el número dos, el mesero asintió.

Sin mediar ninguno otra frase José le dijo, “no puedes creer lo que encontré”, y saco de un costado de su abrigo un sobre grande de manila y lo colocó sobre la mesa, “Qué encontraste?”, respondió Oswaldo sin dejar de verlo a los ojos. El mesero se acercó con un par de cervezas y las dejó en la mesa, cuando este se retiró, José abrió el sobre y saco un montón de fotos. El rostro de Oswaldo pareció iluminarse, tomó varias de ellas y comenzó a revisarlas, se detuvo en una, “allí éramos unos chamos, ¿recuerdas ese fin de semana en Cata? “Como no recordar, fue nuestra primera escapada”. Siguió revisando se detuvo en otra, “Coñó!, la graduación del bachillerato”. “Sí, ese día la pea fue de marca mayor”. “Y aquí en el Aula Magna Joder!”, ambos rieron e hicieron chocar las botellas. Ya no quitaban las miradas del montón de fotografías, y ahora era José quien las manipulaba, “Esta es una de las que se tomaron cuando inauguramos la agencia, te acuerdas?”. “Claro, ya empezabas tu con lo de la fotografía”. “Que cursi lo de cortar el lazo rojo”, rieron de nuevo. “En esos años te hiciste adulto y dejaste ese silbidito raro que hacías cuando ibas llegando a cualquier lado”, “Era mi marca, pero sí, después mi hice grande y uno va perdiendo como esa

identidad que tienes de joven, no?”. Oswaldo miró con detenimiento la foto, recordaba perfectamente el momento, pero extrañamente no logro reconocerse entre los asistentes.

“Mira esta, el día de mí matrimonio”, dijo José llamando su atención. Oswaldo tomó la foto y la miro con detenimiento, “Un gran día”, tampoco logró ubicarse entre los invitados.

“Aquí esta de ese día en el Metro, andabas con esa tipa casada, ¿recuerdas?, “Como olvidar eso”, le respondió Oswaldo saliendo de su abstracción. De nuevo no pudo reconocerse en el vagón lleno de gente, “¿Y dónde estoy?”, preguntó, “la foto no era para ti, se supone que yo seguía a la tipa”.

Oswaldo miró la foto por unos minutos y recordó nítidamente esos años de su vida, como en aparato de diapositivas de esos viejos, cada fotograma fue pasando lentamente ante sus ojos. El barullo del bar estalló de pronto invadiendo todo el ambiente, Oswaldo abrió los y colocó lentamente la foto sobre la mesa.

José entró al bar y a pesar de tantos años sin verlo lo reconoció inmediatamente en la mesa del fondo, se acercó, su mirada parecía distraída, perdida, lo llamó en voz alta, Oswaldo no respondió. José tomo la foto de la mesa, se arrodillo y abrazo el cuerpo inerte de su amigo.

LA ESCUELA

Son quizá las 5:45 ó 6:00 am. De niño recuerdo que aún a las 6:30 era como de noche, o era que no nos asomábamos al exterior hasta el momento de abrir la puerta para salir camino al colegio...a la escuela. La palabra colegio llegó a mí léxico mucho después... Escuela está más profundo en la cabeza, en el cerebro...en el recuerdo...

A lo lejos, muy a los lejos, escucho la voz de mí madre desde la cocina.

—Hijo párate que ya es tarde.

Al parecer sólo faltó yo

Luego podía distinguir algo más de ruido que se mezclaba con los llamados de mí madre, las voces de mis otros cuatro hermanos. Habían salido de la cama unos minutos antes, que terminaban de vestirse y arreglar sus morrales.

Al entrar al único baño de la casa, de seguro coincidiríamos unos dos o tres para compartir el único lavamos y cepillarnos los dientes, no se aplicaba eso de esperar turno a menos que una cuestión fisiológica nos obligara.

Muy niño aún para quedar bien vestido, un tirante de la braga azul todavía colgaba de un lado, la franela roja un poco por fuera, pisando los zapatos, como cholas, y por supuesto las trenzas sin amarrar, así llegaba a la cocina, donde estaba mí madre atendiendo las arepas casi listas sobre el budare, mezclando

el perico en la sartén y terminando de colar el café, al mirarme negaba con la cabeza, lavaba y secaba sus manos, y con paciencia maternal se disponía a ponerme realmente presto, o casi.

—Cepíllate rápido, que tus hermanos te van a dejar. Al llegar al baño me encontraba con uno de mis hermanos que terminaba de cepillarse, no importa cuál de los cuatro fuese, todo repetían lo mismo al cruzarse conmigo.

—Apúrate, apúrate.

Al salir del baño, con los dientes supuestamente limpios, hasta muy grande siempre fue para mí un misterio como lo lograba, porque sólo habían transcurrido unos minutos, pero mi madre ya estaba en la puerta dando la bendición a cada uno de mis hermanos que ya salían, me extendía la mano para que tomará la bolsa de plástico que contenía mi arepa rellena de perico envuelta en papel aluminio, acompañada de una servilleta blanca.

—Pida la bendición.

—Bendición mamá.

—¡Dios me lo bendiga mijo!

Para luego gritar desde el umbral de la puerta ya casi en la calle

—No se olviden de comprarle el jugo al niño.

Y así iniciábamos el ascenso por las escaleras...treinta, cincuenta escalones? esa información ya no está en mí cabeza, antes de llegar a la calle que nos llevaría al pie de otras escaleras, interminables a veces, que desembocaban en el patio.

Lo que si recuerdo y está conmigo aún es esa grata sensación o felicidad quizá, de poder ir a la escuela cada mañana.

EL GALÁN Y LA CANDIDA MUCHACHA

La noche era una noche tranquila como cualquier otra, como tantas, la familia sentada admirando la tele, la novela de las nueve.

Como su madre y sus hermanas prestaba atención a la trama, aquella noche quizá al fin la cándida, pero decidida muchacha, le confesaría su amor al galán... pero prestaba más que atención, se identificaba con aquel personaje, lo había pensado tanto, desde hace tanto tiempo.

¿En qué momento pasó? ¿Cómo fue que aquella amistad infantil y ahora púber, desembocaba en esto? ¿Era verdad? o ¿sólo confundía costumbre con sentimiento? El caminar juntos todos los días a la escuela, el coincidir varios años en la misma sección, y cuando no, el verse casi como rito religioso a la hora del receso para comer la merienda, para luego hacer el camino juntos de regreso a casa

Recuerda claramente lo trágico que fue el no asistir al mismo liceo cuando terminaron la primaria, la angustia, el ahogo, la impotencia, lo terrible, el fin del mundo... entonces ingeniaban cualquier pretexto para verse al menos cuatro de siete tardes.

Estos últimos días ha entendido que era lo que le ocurría.

Su hermosa sonrisa, su arrojo, el que no pelaba ni una chapita, el más rápido y abusado al jugar al es-

condite, el cuarto bate de la pelotica de goma, el que primero aprendió a bailar salsa y consiguió una pareja en las fiestas del barrio, el galán.

La novela está por terminar y comienza a inquietarse, crece la agitación en su corazón, no es sólo la inminente confesión de la protagonista. Sus manos sudan, casi no puede permanecer en el sillón, si no llega antes de las diez su mamá no consentirá que se vean un rato, como cada noche.

Como el trueno y el relámpago, pero a la inversa, es como recuerda aquella sensación...escuchar su silbido atronador invadiendo todo el ambiente le ponía la piel de gallina y en un segundo pasaba todo el ofuscamiento de minutos antes.

—Abre la puerta que está llegando José.

Decía su madre despreocupadamente.

Y obedeciendo con el mayor gusto del mundo, Carlitos abría la puerta para que aquella hermosa sonrisa le llenara los ojos de luz.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD

Todo se estaba llevando a cabo como lo había dejado dispuesto.

¿Lo había dejó dispuesto de esa manera o fue tanto comentarlo con amigos y algunos familiares en diferentes conversaciones en los últimos años? ¿Tema recurrente? Quizá.

No podía afirmar que estaba en el cielo, pero podía ver todo como desde arriba, con cierta inclinación, pero desde arriba.

Un ataúd sencillo, de madera casi cruda, las más barata, sin pintar, sin barniz, sin ventanilla de cristal por donde ver hacia el interior, sellado justo el momento antes de sacarlo a la sala del velatorio, cuatro asas, dos de cada lado, para que sólo cuatro personas pudiesen levantarlo. Nada de tenerlo allí todo un día y una noche, no. Apenas tres horas en la mañana, había cedido por aquello de la familia. Nada de flores, dos sirios, nada barrocos, uno a cada lado del ataúd y al pie del mismo un caballete con una fotografía impresa de tamaño treinta por treinta, pegada con cola blanca sobre una lámina de cartón blanco de treinta y cinco por treinta y cinco, su mejor foto. ¿Tenía una mejor foto?, no lo recuerda, siempre huyó a las fotos, más a las de grupo, aunque en esta no se veía mal. ¿De dónde la habrán sacado? ¿Quién la habrá proporcionado? Ya no importa claro. Pidió lo vistieran con un boxer gris, de aquella marca muy popular, la de la ovejita, un

jean cualquiera, aunque preferiblemente de cremallera de botones, una franela blanca, el suéter negro de capucha, un par de medias tobilleras blancas y sus zapatos de goma Converse, los viejitos.

En un cumpleaños de Wilmer dijo Nuria, “no te pueden poner zapatos”, siempre en los cumpleaños terminaban quedándose los mismos siete o nueve panas hablando casi siempre de lo mismo, “cuando me muera”...se le ocurría decir a cualquiera... “y he oído decir a mí mamá que tampoco te entierran con prendas de vestir con botones”, agrega Carla...”pues quiero unos jeans con cremallera de botones y mis Converse viejitos”, alzó la voz.

De vuelta al velorio, en la foto al pie del ataúd llevaba la franela blanca y el suéter negro de capucha. En la fiesta de nuevo, pero ya no es el cumpleaños, pero son los mismos panas del cumpleaños, es una noche de tragos en la casa de Marco, sube los pies sobre la mesa de centro, casi tira algunas botellas de cerveza, lleva jeans y zapatos Converse.

Poco a poco llegan más personas y se va llenando la pequeña sala del velatorio, de pronto el lugar esta abarrotado, jamás pensó en que asistiría tanta gente, esa particular costumbre de nuestra cultura de contemplar a un difunto, pero esta vez es diferente. Ya unos discretamente se preguntan ¿por qué está sellado el ataúd? “La última voluntad del difunto”, dice alguien que nadie reconoce, ya con tragos en la cabeza.

¿Y para qué vas a querer el cajón sellado? Preguntó Ana en aquella parrilla en casa de Gabriel, ya medio

balbuceando por el efecto del whisky...”porque no puedo con eso de quedo igualito”, dijo...”pero ya no vas a poder oír”, “no importa, seguro alguien lo va a decir, coño que no sea uno de ustedes”.... “yo no voy a ir”, dijo Valeria, “¡ah!. ¿no vas a ir a mí velorio? ¡Qué bolas!”, dijo. ¿Y acaso tú vas a ser el primero? Siempre uno de los panas preguntaba eso.

Luego del crematorio, todos debían ir al bar de siempre, todos los panas y los de la familia que quisieran, los panas de seguro irían, lo había pedido entre lágrimas en más una borrachera, esperaba que algunos miembros de la familia se animaran...y allí iban, como lo había pedido, alguien llevaba el tarro con las cenizas e iba en el último de los autos, extrañamente en la autopista sólo estaban los autos donde fueron al cementerio, sin previo aviso la persona bajo el cristal de la ventana, destapó el tarro y dejó caer las cenizas sobre el asfalto. Llegaron al bar, al de siempre, pidieron la primera ronda, alguien levantó la mano empuñando una cerveza y dijo “¡Salud!”, “¡Salud!” Respondieron al unísono.

Ya es hora de que retiren el cuerpo, cuatro de los presentes se colocan a los lados, están listos para alzar el féretro, que raro, se acaba de percatar que su cuerpo está de lado, oye una voz lejana que lo llama, siente una mano tibia en el hombro, su mujer se ha sentado a la cama y lo hace girar suavemente hacia ella, permanece inerte, no reacciona.

LA PUERTA

Todo es azul y blanco, inclusive la enceguecedora luz, un ámbito de asepsia donde los aparatos monitorean la oxigenación, la presión de la sangre, la frecuencia cardíaca, la temperatura. No está viejo, no está cansado, está tranquilo.

SEMANA UNO

Es de noche, someterse a ese dominio que ejerce la televisión, una especie de hipnosis, miles de voces que le hablan desde fuera, pero que terminan habiéndose dentro de su cabeza, esos cientos de rostros que lo miran y no lo miran, en eso se convierte esa caja negra mientras hace zaping... será que de eso se trata cuando dicen Smat TV. De pronto recuerda un cuento de la infancia, su madre le contó a él y a sus hermanos, que cuando ella era niña y llegó la primer radio a la pulpería del pueblo, los vecinos se agolpaban alrededor y una vez oyó decir a uno “que chiquitas deben ser esas gentes que caben en esa caja”... Su imaginación volaba y de pronto veía un lugar lleno de personas, muchos niños, muchas mesas, arepitas dulces, suspiros, algodón de azúcar, raspados, perros calientes, los adultos bebían cervezas y ron, se podía distinguir el humo de la parrilla. Corría con sus primos, jugaban metras, trompos, de seguro había un tobogán y una rueda como en los parques, algún niño remontaba un papagayo, un bullicio tremendo, de allí

lo que se escuchaba en la radio, esa caja maravillosa. Recuerda que, en la casa del barrio de su niñez hubo radio antes que televisor. Extraña esos cuentos.

Para en el noticiero, es lo que ha hecho en las últimas noches, no quisiera, pero aquello de “estar informado es útil”, lo escucho decir de alguien o lo leyó alguna vez, se pregunta si sirve realmente eso de saber qué cantidad de enfermos, de fallecidos, el índice de propagación, las estadísticas a nivel mundial. Esa avalancha de imágenes y de palabras parece hundirlo cada vez más en el viejo futón. Los síntomas; tos, dolor de cabeza, fiebre, dificultad para respirar, le parece que se ahoga, un termómetro, no tiene, todos los dice se dice que debe comprar uno, mañana lo hará. Se levanta y va a la cocina, abre la nevera, el soplo frío que sale de esa otra caja lo calma, toma la jarra de agua y se sirve un vaso, respira mejor. Vuelve a la sala, apaga la tele y va al cuarto, lleva el celular consigo, hace rato había estado sonando, mensajes y notificaciones de las redes sociales, la interconexión con el mundo, la globalización, otras miles de voces que le hablan desde lo lejos. Muy mala costumbre esa de llevarse el móvil a la cama. No tiene sueño, lee las noticias para tratar de conciliarlo, las noticias de nuevo, muy pocas cosas buenas. Coloca el celular en la mesa de noche y apaga la luz, sin sueño aún.

SEMANA DOS

Despierta, ya es de día, no quiere saber la hora. Tiene algo de dolor de cabeza, que raro...sale de la cama, va al baño y luego de resolver la cosa fisiológica, se

lava las manos y los dientes, al enjuagar su rostro tropieza con su reflejo en el espejo. ¿Tiene ojeras? ¿Está más flaco? ¿Es su reflejo o sólo otra imagen de las miles que vio en la televisión la noche anterior. El sonido de notificación que proviene del celular lo saca de su abstracción. Seca su rostro, regresa al cuarto y toma el celular, no lee los mensajes. De camino a la cocina deja el aparato en la mesa del comedor, se prepara café, se sirve una taza, se dice así mismo “deberías estar agradecido coño, disfruta el café”, mientras toma de la taza y regresa a la sala, se sienta a la mesa donde está la laptop, decide revisar los correos. Enciende la máquina, se conecta, entre los muchos correos ubica el de Enrique, que agradable sorpresa, la última vez que supo de él fue hace casi un año, le escribió desde Madagascar. Abre el correo y mientras lee las líneas se transporta inmediatamente a aquel día en Canaima. Estaban allí trabajando como parte del equipo de producción que prestaba los servicios para una película francesa, había terminado la jornada de trabajo, estaban junto con un grupo pequeño a la espera de la curiara que los llevaría al otro lado de la laguna hasta el hotel. Deciden aprovechar el tiempo de espera y regresar al lugar donde estuvieron filmando, corren por la selva, muy rápido, no pueden permitir que los deje el transporte, deben ir y volver a toda prisa, apartan los arbustos, las ramas, sopla el viento, que frescura, de pronto el clima cambia, así es en el Amazonas, se escucha la tormenta cada vez más cerca, ya llueve, no llueve, se cae el cielo, llegan a la

impresionante cascada, una pared de agua que parece desprenderse desde las nubes, hay un pasaje bajo la cortina de agua, hay una gruesa sogá colocada para seguridad de los turistas, se meten bajo el torrente, deben gritar porque el estruendo que hace el agua al caer es ensordecedor, gritan lo más fuerte que se lo permiten los pulmones, es tal la emoción que se les llenan los ojos de lágrimas, son unos chamos. Un día, una tarde, unos minutos maravillosos...deben volver, los deja la curiara, de vuelta corriendo, disminuye la tormenta, cuando amaina la fuerza de la lluvia ya divisan el muelle y la rudimentaria pero firme embarcación de madera que atraca, ya atraviesan la laguna de regreso al hotel, un suave rocío los acompaña. Apaga el portátil, siente hambre, se levanta y va a la cocina para prepararse un sándwich.

SEMANA TRES

Hoy fue al automercado, a pesar de la situación desatada por el virus, y mira qué situación, los anaqueles están llenos, es como un caleidoscopio, franjas rojas, amarillas, verdes, violetas, marrón, negro, blanco, rosa, naranja, cartón, plástico, metal, vidrio, tela. Señoras, señores, hombres solos, mujeres solas, parejas, algunos niños, a pasar de todo se percibe el buen ambiente, no euforia, pera la gente no pierde la energía. Lo único extraño es el velo que impide ver la sonrisa de unos y otros. Recuerda de pronto que basta sólo el contacto, se transmite, se queda no sabe cuánto tiempo en las superficies, en el aire, de nuevo la tos, el estornudo.

Recuerda que conoció al amor de su vida en un supermercado, se miraron mientras pagaba, se correspondieron las sonrisas, el pequeño rose de sus dedos en el momento de pagar fue el detonante, luego en encuentros posteriores vinieron los abrazos y los besos. Lo que nos pasa nos priva de muchas cosas y quizá aún no lo comprendemos...pero se dice así mismo, "la fortaleza interior logra vencer muchos obstáculos".

Vuelve a su casa, se quita los zapatos y los deja en la puerta, deja la bolsa de la compra, va directo al baño, lava sus manos y su cara, va la cocina y coloca el agua para, el ahora, acostumbrado té de limón con bicarbonato, mientras el agua hierve, limpia los víveres y las cosas de la compra, a lo comestible sumó alcohol, cloro, toallitas desinfectantes. Minutos después el té está listo, lo toma con calma, hace días que no se topaba con esta sensación, toma la mitad del té, va a la habitación se quita la ropa, siente que se despoja de un peso, entra desnudo al baño, se mete bajo la regadera, siente el agua tibia, la suavidad del jabón en la piel, más agua, que alivio, se siente liberado.

Cierra la llave del agua, seca su cuerpo, sale del baño y va la habitación, se coloca el pijama y se mete a la cama, Todo su día ha transcurrido recordando. Todo es azul y blanco, un ámbito de asepsia donde los aparatos monitorean la oxigenación, la presión de la sangre, la frecuencia cardiaca, la temperatura. No está viejo, no está cansado, está tranquilo y aunque no quiere, con calma cierra sus ojos por unos instantes, los abre de nuevo, se incorpora, despega to-

dos los cables de su cuerpo, se pone de pie y camina hacia la puerta de la habitación, se gira para verme, con su mirada serena parece decirme por favor no me detengas, y comprendo que ya tampoco quiero hacerlo, lo veo atravesar y desaparecer por la puerta, me levanto con calma y la cierro.

EL ENCUENTRO

1

Al entrar en la pequeña cocina aquella tarde, la primera de muchas tardes que quizá le toca en su ahora nueva vida de soltera en aquel pequeño edificio de apartamentos, en lo primero en que reparó , fue en el viejo calentador a gas. “Arturito Ecológico”, logro leer en las letras ya borrosas en el frente en el cuerpo del maltrecho aparato. Por el tamaño y el aspecto de debió lucir cuando estaba nuevo, quizá si recordase al personaje de la popular película de los setentas. El quemador oxidado, en la perilla que debía marcar la intensidad de la llama no alcanzaba a leerse los números y los tubos de cobre para el gas y el agua en la parte superior, parecían ahorcar al Arturito. El tono amable del casero cuando le dijo “No se preocupe, funciona perfectamente”, la tranquilizo.

2

Como cada mañana le costo trabajo encender el calentador, pero lo logró. A lo pocos minutos, como muchas otras veces, el calentador se apagó, pero esta vez la válvula de seguridad que debía accionarse segundos más tarde, para detener el flujo de gas, falló. ¿Por qué, como había hecho en otras oportunidades no entró a la cocina para verificar? ¿Qué pudo entretenerla? ¿Qué se lo había impedido? El gas siguió fluyendo para invadir en silencio y poco a poco el éter,

primero la pequeña cocina, luego los cortos pasillo y finalmente la sala. Unos pocos minutos bastaron para que una pequeña y tímida chispa consiguiera desatar la llamarada azul que arrasó todo, el estruendo de la explosión hizo sucumbir los espacios.

3

Comenzó a sentir en su piel que el agua se estaba enfriando, “Joder, el calentador otra vez”, se dijo para sí en voz alta, cerró la llave, corrió la cortina, al tomar la toalla creyó escuchar algo, se quedó quieta y prestó atención, nada, pasó la toalla alrededor de su cuerpo, la anudó a la altura de sus pechos y salió del baño. Al doblar en el corto pasillo que lleva a la sala se paralizó, no pudo gritar ante la presencia de aquel desconocido en su casa, el hombre sostenía un arma en la mano y ya le apuntaba.

—¿Qué carajo hace aquí? —le preguntó.

—Yo vivo aquí-dijo ella después de recobrar el aliento-vienes a robarme desgraciado.

—Tranquila, yo sólo quiero el dinero, el celular, el reloj y me voy.

—Dinero no tengo, llévate el celular, lo que te de la gana y vete ya.

—Tranquila dije, me llevo lo de valor y me voy sin rollo. Él dio medio paso al frente y cuando ella intentó retroceder, se le desprendió la toalla y cayó al suelo dejando su maduro, pero aún hermoso cuerpo, desnudo. Él dejó ver su reacción al abrir más sus ojos, ella alcanzó a cruzar sus brazos a la altura de los pechos y se petrificó.

—No se mueva-alcanzó a balbucear.

—Está bien —respondió sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Tranquila coño —le dice también sin dejar de mirarla.

—¿Puedo recoger la toalla?.

—Despacio, no invente nada.

Ella dobló su cuerpo lentamente para inclinarse, sin dejar de mirarlo a los ojos, tomó la toalla, se incorporó y cubrió de nuevo su cuerpo. Notó en él cierto nerviosismo, pensó unos segundos, que de ser así debía aprovecharlo, se armó de valor.

—No voy a hacer nada que tú no quieras, vale.

—Yo sólo quiero las cosas de valor y ya.

—Como que de valor, valor no sé, el celular es lo único, ya te dije que dinero no tengo-Dijo y con su mano suavemente corrió su aún mojado cabello hacia atrás. “¿Qué vaina es esta?” Se preguntó sin poder ocultar su nerviosismo.

—Guarda esa pistola, no creo poder hacerte nada.

—No invente, con darle un empujón tengo-y lentamente regreso el arma a su cinturón.

—¿Quieres un cigarro?-lo sorprendió.

“Aquí como que está pasando una vaina”, pensó, “nada pierdo”.

—Está bien.

Ella pensó, “funciona”. Sin dejar de mirarse, se fueron acercando al sofá, se sentaron, ella tomó su cartera, la abrió y sacó la caja de cigarrillos y el yesquero, extendió la mano para ofrecerle. Él tomó el cigarro y ella le acercó el yesquero.

Este último año ha estado rudo. Cinco trabajos ocasionales, celador de centro comercial, asiente de mantenimiento en un bar gay, mesero em un restaurante, portero en una disco y paseador de perros en una exclusiva zona de la ciudad, la situación económica da al traste con todo. “La crisis muchacho”, le decía de cuando en cuando el señor. del puesto de periódicos de la esquina. Después de tres años de estar en presidio, el día que recobró la libertad se había propuesto cambiar, dejó todos los psicotrópicos y estupefacientes, hasta la marihuana, no se hizo ningún otro tatuaje, y decidió no usar más la barba. “Hay que parecer persona decente, superar los errores de la juventud, dejar los malos pasos”, solía decir su padre, que no se diga que no lo ha intentado, pero ya tres meses sin trabajo. Sentado en la plaza fumando el último cigarro pensaba en eso. Cuando salió de la casa se tropezó con el casero, le dijo que ya tres meses de atraso con el alquiler era mucho, que si para la próxima semana no se ponía al día, tendrían que marcharse. ¿Como decirle a Rosana? No podía sacar de su cabeza la imagen de su rostro iluminado cuando le dijo hace dos días, “Estoy preñada”. No está fácil, pensó. Tiro la cola del cigarro y se encamino al rancho del Muelas, al llegar se acercó a la ventana y le silbó. Apenas se asomó el ajado rostro, le dijo sin titubear, “préstame la bicha negro”.

El pequeño apartamento ¿cómo su nueva vida quizá?. No estaba mal, un edificio pequeño, tres pisos, pocos apartamentos, algo viejo, pero por ese costo de alquiler, sin tener que haber pagado depósito ni mes de adelanto, a un año de estar peleándose con lo del divorcio y sin trabajo hace un mes, “esto está súper”, pensó. Sala-comedor pequeña, un corto pasillo, donde dos puertas daban al baño y a la habitación, y la pequeña cocina.

No le importó que la enorme ventana da al estacionamiento, el desgastado blanco perla o gris claro de las paredes restaban brillo y luminosidad al espacio, una mesa mediana, con una sola silla, un sofá de tres lugares, una consola pegada a la pared, justo donde iniciaba el estrecho pasillo, el mismo color, faltaba el bombillo de la lámpara de techo, la habitación con rosa viejo en las paredes, la cama individual, el baño azul claro con sus opaco tragaluz y sus opacos azulejos. Todo como muy melancólico, en sintonía con ella y su estado de ánimo, el asunto del divorcio le había dejado poco espacio en los últimos meses, que la cosa no haya funcionado después de esos varios años, de verdad resulta frustrante.

Soñó que la sentencia de divorcio había salido, eso la despertó con energía, era un buen presagio. Cuántas semanas habían pasado ya desde su primera noche en el departamento?, no importa, salió de cama, fue a la cocina, jiro la perilla del calentador, tomo un vaso de agua, al salir de la cocina dejó el vaso en la mesa del

comedor, entro al baño, desnudó su cuerpo, luego de abrir la llave del agua para dejar que corriera el agua calentándose, pensó en la cita que dentro de dos horas tendría con el abogado. Al fin el divorcio, hoy sí que comenzaría una nueva vida, ya siente que no le importa Carlos, ya oye sonar su celular con la llamada para un trabajo, se mete bajo la cortina de agua, la agradable sensación sobre su cuerpo la reconforta, definitivamente no todo es tan malo.

Cruzó toda la ciudad hasta ese barrio residencial, no podía arriesgarse en un lugar donde lo hayan visto. El edificio es pequeño, pocos pisos, pocos apartamentos, sin vigilancia privada, sin cámaras de seguridad, quizá el más viejo de la zona. Aprovecha la salida de un auto del estacionamiento para colarse antes que cierren las puertas, rápidamente localiza una ventana abierta del segundo piso, acerca un pipote de basura a la pared, sin mucha dificultad se trepa, al borde de la ventana se detiene, trata de escuchar, pero afuera hay mucho ruido, entra. Una vez dentro se percata del ruido de la ducha, se mueve con sigilo y coloca la mano sobre la cacha de la pistola, la saca de entre su cinturón y el abdomen, apunta hacia el pasillo para ver aparecer a aquella madura y hermosa mujer con su cuerpo envuelto en la pequeña toalla.

Como se sucedieron las cosas nadie pudo saberlo. Ella pensó poder controlar la situación, él se imaginó haciéndole el amor. Cuando se percataron no dejaban de mirarse y estaban sentados en el sofá, ausentes del mundo, sólo prestándose atención el uno al

otro. Ella le ofrece un cigarrillo, él acepta, se lo lleva a la boca, ella le acerca el yesquero, hace girar una vez la pequeña rueda dentada, dos veces, la fricción produce la pequeña y tímida chispa dando paso a la llamarada azul que arrasó todo, el estruendo de la explosión hizo sucumbir los espacios.

A UN PASO

UN PASO

Abrió lentamente la puerta que daba a la azotea, la brisa que sopló sobre su rostro en aquel momento le pareció más fresca que de costumbre, como una caricia.

La luz era realmente maravillosa, como ninguna otra tarde, el cielo azul claro, diáfano, el sol comenzaba a ponerse con un tono amarillo realmente particular, como una invitación a la contemplación.

Las ventanas de las casas y edificios alrededor estaban todas abiertas, semejando ojos de rostros observando. El murmullo de voces y sonrisas de mujeres y hombres que recogían la ropa en azoteas vecinas llegaba como canto arrullador.

Se asomó a la calle desde esa altura, a pesar de ser domingo la calle estaba solitaria, en calma, apacible. Abrió los brazos, respiró hondo, disfrutó como el aire limpio llenaba sus pulmones, se relajó gratamente y dio un paso al frente para caer al vacío.

DOS PASOS

Recostado en el viejo futón contemplando su smartphone, revisando una de las tantas redes sociales, pensaba en las últimas publicaciones, en las últimas diez, quince, treinta ó más...

En esos días el asunto era la televisión o las redes sociales, al parecer no había escapatoria.

No termina de entender por qué, se pregunta si esto ocurría en otros tiempos de la misma manera o al menos con la misma frecuencia.

En el estado de un amigo la denuncia, para difundir, de cómo alguien fue brutalmente golpeado por policías

Otro, para compartir, se anunciaba el sorteo para recaudar fondos para la cirugía de un señor. con diagnóstico recién de una terrible enfermedad.

También uno, para difundir, colecta de dinero para colaborar en los gastos derivados de una operación para la inserción de una prótesis trasplante a una niña de tan sólo 5 años.

¿Por qué leía estás cosas? ¿Por qué no dejar de leerlas? ¿Por qué tan de mañana? Pensó que dejar de leer, de compartir, de difundir, se traduce en falta de sensibilidad, de empatía, no abrazar la causa ajena...agradecer por la propia salud, qué despropósito!

Se pone de pie, va a la nevera, abre la puerta, saca la jarra con agua, se sirve un vaso y toma un sorbo, decide prepararse café, toma una olla y abre el grifo, enciende la hornilla, coloca la olla.

TRES PASOS

Sale del baño, va al cuarto, termina de secarse, se coloca el interior y luego unas bermudas que aún no estrenaba, se sienta sobre la cama y seca bien sus pies, se coloca unas medias tobilleras y unos tenis cualquiera, cuelga la toalla, desliza por su axila el roll on , se pone una franela negra.

De vuelta en la pequeña sala ve hacia el futón, bueno, toca ver un algo en la tele, piensa, toma el control y enciende el televisor justo en el momento en el que en el noticiero anuncian el resumen del día. Los asaltos con y sin violencia de la noche anterior, aparatoso accidente de tránsito deja varios muertos, incursión de rebeldes armados en iglesia repleta, caen las bolsas de los mercados, recesión mundial y ola de desempleo en puertas, se intensifica la represión contra las manifestaciones pacíficas, cientos de heridos. Localizan fosa...el reporte diario de victim...apaga el televisor, la ropa ya ha de estar seca, fue una tarde de sol intenso, piensa

Toma las llaves, abre la puerta de su apartamento en planta baja, inicia el ascenso.

Mientras sube las escaleras, recuerda lo bien que lo pasaron celebrando los 70 años de su madre hace una semana, su acto de grado de la universidad, cuando perdió la virginidad con su primera novia, el nacimiento de su primer hijo, aquel increíble año nuevo en la playa, el sentido y fuerte abrazo de su hermano al despedirlo en el aeropuerto, el café de ayer en la mañana con su amigo de tantos años, todo en una vertiginosa sucesión de imágenes...está frente a puerta que da a la azotea, toma la manilla y despierta sobresaltado en la cama.

Se calma, respira mejor, enciende la luz... que bien, de seguro no se abría matado al lanzarse de un tercer piso.

COLEGAS

Antes de entrar, Teófilo se detuvo unos minutos en la puerta del bar, uno de los tantos del centro.

En las mesas del fondo, no tardó en identificar a su cliente, el tipo de estatura media, bigotes y con algunos kilos de más, como en su perfil de whats. Se acercó y haló una silla.

—Buenas noches —se sentó.

—Buenas noches, que bueno que pudo venir.

—Es una oferta nada despreciable, y trabajo es trabajo.

—Pues que bien —se lleva el vaso a la boca y sorbe un trago de cerveza —la tipa me engaña.

Braulio termina de limpiar un vaso, sale detrás de la destartalada barra, tanto como las mesas, y llega hasta ellos.

—¿Va a tomar algo amigo?

—Un Anís.

—Póngalo en mi cuenta —dice el cliente

Braulio se aleja y vuelve tras la barra para servir el Anís.

—Yo sé que es asunto suyo, pero ¿Está seguro?

—Definitivamente.

—Mire que después de hoy no hay vuelta atrás.

—Hace tres meses que la hago seguir por un colega suyo.

—¿Un colega?

—Sí, como usted, pero que no vas más allá. Aquí están las pruebas.

De un maletín saca un sobre de manila y se lo extiende. Teófilo toma el sobre, lo abre, pero se acerca Braulio con la copa de Anís.

—Aquí tiene amigo-sin reparar en el sobre le dice al

cliente-¿Otra cerveza?

—Si por favor.

Cuando Braulio se aleja, Teófilo pasa una mirada rasante, pero acuciosa sobre todos los presentes. Aunque no es la primera vez que está en el lugar, no siempre están los mismos personajes. Un borracho se acerca tambaleándose a la vieja rockola que esta al lado de la puerta del baño. El ruido de las nueve treinta se cuela de la mano de un grupo, dos hombres y tres chicas, que acaban de aparecer por la puerta. Teófilo los escanea con la mirada hasta que se acercan a la barra. Vuelve sobre las fotos, pasa rápidamente la vista sobre varias de ellas.

—¿Y por qué impresas?

—Su colega es un tipo particular, dice que no usa celulares, que mejor a la vieja usanza.

—Particular es, no se le ve la cara al tipo.

—Él nunca fue el objetivo y para mí es claro que es ella, el resto como puede ver, está en las fotos.

—Disculpe la pregunta, pero para haber tomado esta decisión, ¿Ya no debe quererla tanto?

—No se trata de amor, y creo que su asunto debe ser otro, no?

—Así es. Perdone.

El Cliente ahora lleva su mano hasta el bolsillo de la gabardina y saca otro sobre, pero más pequeño, que pone sobre la mesa.

—La otra mitad al terminar el trabajo.

Teófilo toma el sobre, lo abre con discreción, y toca algunos billetes con la punta de sus dedos índice y

pulgar. La experticia de tantos años le permite confirmar, con sólo ese vistazo, que es lo acordado. Guarda el sobre entre su cinturón y la camisa, toma de un solo trago el Anís, se lleva la otra mano a un costado del abrigo, saca su arma, apunta y descarga tres disparos en el pecho del cliente. Se pone de pie y abandona el lugar. Nadie se mueve.

LOS AMANTES

Decidieron ser más cuidadosos últimamente. Se habían conocido una noche, que sin tener nada que hacer, él fue al cine, literalmente a matar el tiempo. Ella atendía la taquilla, él la observó sólo unos minutos mientras compraba la entrada. Cabello negro, recogido en cola de caballo, ojos muy negros y sonrisa amable, a través de su ajustada blusa se adivinaban sus pechos grandes. No pudo dejar de pensar en ella durante toda la aburrida película en blanco y negro. Se sorprendió, “el destino”, pensó luego, al encontrarla en la acera de enfrente al salir al terminar la película. Volvió la semana siguiente, le invitó a un café.

—Gracias por aceptar la invitación.

—Un café siempre cae bien. Aunque no crea que le acepto cafés a tos los extraños con los que me cruzo.

—Entonces soy afortunado. No me ha dicho cómo se llama.

—Susana. Y soy casada.

—Yo no pensaba o pienso...

—No se preocupe-lo interrumpió-yo quería contárselo.

—Si para Ud. no es inconveniente para mí tampoco.

—Entonces no hay inconveniente alguno.

—Ya que estamos siendo directos, no sé que me atraigo de Ud.

—Puedes tutearme. De seguro te atraigo lo que a todos, la oportunidad de tirar con alguien.

—Para ser honestos, sí, la oportunidad de tirar contigo.

—No nos veamos más en este sitio, está cerca de mí casa.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo tiramos?

—Hoy tengo tiempo. ¿tú puedes?

—Vamos.

Sin terminar el café, se levantaron. Él saco un billete de su cartera y lo dejó caer sobre la mesa. Había resultado muy fácil, “asunto de gente adulta”, pensó. Mientras salían del lugar sin dejar de mirarlo, ella pensó en su esposo.

—Se lo merece —musitó.

—¿Perdón?

—Nada. ¿Tienes algún lugar en mente?

—Seguro.

Aquella noche se amaron durante horas, disfrutaron como hacía tiempo ninguno de los dos lo había hecho. Él, aunque tenía varias amigas, hacia rato que no se permitía llegar más allá de la satisfacción del impulso carnal. Ella llevaba meses sin intimar con su marido, esta vez liberó todo en su interior. Terminaron exhaustos. Luego de ducharse intercambiaron números de teléfonos.

—Mejor sólo mensajes —Dijo ella.

—¿Igual lo tienes con clave, no?

—Sí, pero es mejor evitar más cosas desagradables.

—¿Más?

—Para que detenernos en detalles. Dos adultos que necesitan y quieren tener sexo, dispuestos a pasarla rico como hoy. Imagina una película de esas de detectives, de las viejas,” mientras menos información se sepa, mejor.

—Me parece bien, para mi mejor. Si quieres tiramos todos los días. Yo hace muchos años que decidí no enrollarme. Ya no tengo veinte años. Carlos, por cierto. Ella terminó de ajustar su blusa y le coloco el dedo índice sobre los labios, él la miró fijamente sellando así el pacto de silencio. Subió el cierre de su pantalón y ambos salieron de la habitación.

Tres meses desde la primera vez. Aquella tarde decidieron intentar un método diferente, las cosas habían cambiado. Él esperaba en el andén dirección sur, de la más atiborrada estación del Metro, una de las tres del centro, pegado al extremo para quedar justo a la altura del último vagón. Se oyó aquel ruido, como un silbido, que siempre se escucha cuando se acerca el tren. La máquina fue frenando poco a poco y frente al él quedo la última puerta, al abrirse ahí estaba ella, hacia el fondo. Se abrió paso como pudo y cuando el tren inició marcha ya estaba muy junto a ella. Se besaron con pasión unos minutos.

—No sube al Metro, eso es un hecho. Y menos un domingo.

—He estado pensando de que ya es tiempo de resolver esto.

—¿Resolver qué?

—Bueno, no sé tú, pero después de este tiempo, creo que ya no es una cosa pasajera, ¿O vamos a estar así un año?

—Que importa el tiempo que sea. Yo me siento bien así, y tu también. No basta con eso?-Lo beso de nuevo.

—Claro que me basta, pero ¿Hasta cuándo escondernos? Parecemos dos carajitos ocultándose de sus padres. Somos dos viejos. Se besaron de nuevo.

Se anuncia la próxima parada. El tren se detiene, al bajar en el andén tropiezan con lo que parece ser un grupo de turistas. Él repara en uno de ellos que lleva una cámara fotográfica.

EL CLIENTE

Quince años de matrimonio, mucho desgaste, ahora piensa en la posibilidad de que seguro Domingo siempre fue así. Llegar a la conclusión de que el amor no te deja ver con claridad ciertas cosas, puede ser algo terrible.

—¿Por qué siempre terminamos discutiendo sobre lo mismo?

—Porque tu siempre llevas la conversación al mismo lugar. Te empeñas en buscar un culpable para todo. Siempre yo, sin terminar de entender que nuestro tiempo pasó.

—¿Entonces el culpable, soy yo?

—Yo no dije eso.

—Últimamente nunca dices nada, esa actitud de víctima.

— ¿Actitud?

—Esto puede terminar mal otra vez.

Definitivamente con el tiempo fue conociendo al verdadero Domingo. ¿No recuerda bien en qué momento surgió la primera sospecha? ¿Después de los diez años? ¿De los doce? Lo que tiene claro es el momento de la certeza. Aquel domingo por la tarde hace tres años, luego de regresar de aquella parrilla en casa de Mario y Thais, ese furibundo ataque de celos, los gritos a Miguel, “te arranco la cabeza cabrón”, la sacó a empujones. Al llegar al apartamento seguía violento, seguía gritando. Ella no sabía porque realmente todo aquello no le sorprendía. “No me pidas más que me calme”, grito más fuerte, no pudo apartarse, el golpe en el rostro la tiró al piso. Debió salir de la casa esa misma noche. Siempre se reprochará su carácter inseguro. Ocurrió una y otra vez. Ese era el verdadero Domingo.

Dejaron de ir a fiestas, a reuniones familiares, no más Fin de Año o Navidad en casa de alguien, dejaron de frecuentar a los amigos.

Un día tomó fuerzas y se negó a intimar con él. Temió lo peor, pero a él pareció no importarle, igual ella estaba ahí, atendía la casa, preparaba la comida, lavaba la ropa.

De verdad no lo planeó, aceptó aquel café como válvula de escape, algo debía hacer o iba a enloquecer. Camino a la cafetería fue tan jovial, tan atento, esos ojos negro profundo, ese no sabe porque, halo misterioso, ese desparpajo, ese tácito acuerdo de falta de compromiso. Ese sincero sólo sexo.

Esa tarde Domingo decidió caminar de regreso a casa, su esposa seguro ya se habría ido al trabajo. Al pasar frente a la cafetería, en la acera opuesta, la visión fue como un corrientazo, ella reía, él le tomaba la mano, su primer impulso fue cruzar, arrancarle la cabeza, pero se detuvo, los observó unos segundos y siguió su camino.

La esperó en la sala, en penumbras, con un vaso con whisky en la mano. Ella entró, le extraño encontrarlo en la sala, siempre a esa hora estaba ya en la cama.

—¿Y cómo te fue hoy?

—Bien, como siempre —aquella pregunta la desconcertó.

—¿Saliste más temprano? Llegué a las tres y ya no estabas.

—Tuve que pasar por la farmacia. Estoy cansada, me voy a dormir —Domingo la observó mientras se iba a la habitación.

La decisión estaba tomada.

No le costó mucho dar con aquel tipo, se había topado con muchos como él en su trabajo en diferentes cuerpos policiales. La hizo seguir tres meses.

Quedaron verse aquella mañana en el viejo restaurante chino del centro, para no levantar sospechas. Cuando Domingo entró ya lo esperaba, le hizo unas señas desde la barra del fondo. Domingo se acercó y el tipo apuró el trago, metió su mano al costado de la chaqueta y saco el sobre manila con las fotos, extendió la mano, Domingo tomó el sobre.

—Se lo dije, yo a la vieja usanza. Ya le envié por Whats el contacto que me pidió.

—¿Es de confiar?

—Totalmente. Sólo que ese colega nada más acepta efectivo.

Salió apresurado.

Domingo marcó el número en su celular, esperó.

—Si —respondieron.

—Un colega suyo me dio su contacto. Puedo verlo esta noche a las nueve en el bar del centro, el que está bajo el puente.

—Seguro.

Domingo colgó.

—Chino, una cerveza.

Esta Noche Sí

Luego de estacionar el auto no lo apagó, quería escuchar en la radio toda la canción, “El Día de mí Suerte”, la vieja melodía de Héctor Lavoe y Willy Colón. Al terminar la transmisión bajo de su viejo Ford Fairline, lo observó un rato y pensó, “pase lo que pase, no me voy a deshacer de él”.

El casino, cuántas veces no pasó frente a ese lugar en los últimos años. El día en que se anunció la apertura económica y se regularizó por ley la apertura de casinos en la isla, el día en que colocaron la primera piedra, el de la inauguración, la noche de año nuevo del año dos mil. La noche del día que su mujer lo dejó, esa tarde hace seis meses cuando lo despidieron del trabajo, la mañana hace un mes cuando le llegó la orden de desalojo del apartamento, esta misma mañana de regreso del médico por consulta para el resultado de los exámenes. Ahora estaba frete a la puerta gi-

ratoria, vestía su mejor traje, estaba de buen ánimo, “esta noche sí”, se dijo. Al atravesar la puerta le pareció entrar en otro mundo, gente guapa, trajeados todos con sus mejores galas, los meseros y el personal de seguridad impecables, el aire acondicionado a todo tren, un increíble ambiente de fiesta. Una chica se acercó con una bandeja para ofrecerle una copa de champagne, otra le sonrió amablemente y lo acompañó hasta el centro del elegante salón, todo luces, todo glamour, todo buena vibra. “¿Con que desea iniciar el señor?”, le pregunto aquella mujer con cara y cuerpo de Miss. “La Ruleta”, respondió sin titubear mientras extraía de su saco el sobre contentivo del cheque de su liquidación, 30 años en la industria hotelera. La chica se alejó hacia la caja, no antes de hacer señas a otra s para que llevar acompañarlo a la mesa, donde inmediatamente le abrieron paso y lo acomodaron en una silla mientras otro mesero le llenaba de nuevo la copa. A los pocos minutos regreso la chica que se había llevado el cheque, y colocó frente a él un impresionante montón de fichas. ¿Señor?, le pregunto el crupier, “al siete rojo”, respondió al mismo tiempo que acercaba con su dos manos todo el grupo de fichas, los otros jugadores lo miraron al mismo tiempo, “esta noche sí”, susurró. Se hizo girar la ruleta, la bolita comenzó a saltar, a medida que se hacía más lento el giro, una rara sensación de parálisis no sólo se apoderó de la mesa, sino de todo el casino. La ruleta se detuvo y la bolita dio sus últimos saltos para caer finalmente sobre el siete rojo. “Yes”, grito levan-

tándose de golpe, todo el casino pareció estallar en aplausos y risas. Con total calma y serenidad miró al crupier, luego a la señorita que trajo las fichas, tomó de un sorbo el resto de su copa y se encamino hacia la puerta sin miras hacia los lados. Al llegar a la salida giro hacia el salón, alzo un tanto la mirada y esbozo una sonrisa de satisfacción, para repetir, “esta noche sí”. Dos hombres trajeados de negro le entregaron dos maletines plateados, los tomó y salió.

En el estacionamiento, junto al viejo Ford Fairlane, suspiró. Saco las llaves de su bolsillo, abrió la puerta, lanzo los maletines en el asiento trasero, se subió al auto, cerró las puertas, encendió el aire acondicionado, abrió la guantera, sacó un revolver calibre treinta y ocho y llevándolo a su sien, lo accionó.

La sangre salpicó el sobre colocado a un lado en el asiento, en el que se podía leer “Laboratorio Clínico Pampatar”.

Tú Mano

Recuerdo aquella noche de Año Nuevo, regresábamos de casa del tío Elías, decidiste que debíamos correr, tomaste mi mano-Apúrate-y me halaste, corrimos. Tú falda larga le ganaba la batalla al viento, tú cabello largo y lacio parecía volar. Sin saber por qué reímos como locos, la sensación de libertad quizá. El Sentirnos al borde de algo nuevo, sin saber qué, pero nuevo. Ya muchos años sin visitar ese camino entre nuestra casa y la casa del tío Elías. Estoy seguro que de regresar allí, mi primer recuerdo será el de esa noche.

Ibas adelante, yo era más pequeño y casi me arrastrabas. Ya cerca de casa, bajaste la velocidad de la carrera, para cuando estábamos al borde de la puerta giraste para verme y me hiciste señas para que me callara. Intentamos entrar con sigilo, pero mamá estaba atenta, daban casi las doce. No pudimos ocultar la agitación por la carrera. “¿Dónde estaban? ¿Por qué tardaron tanto?”-nos increpo. “Había mucha gente en la bodega”-mentiste. “Una mentira blanca”, me he dicho todos estos años.

A la mañana siguiente ya era otro año. Como desde hacía una semana, nada más levantarnos corríamos a buscar cualquiera de los juegos de mesa que nos habían dado por Navidad, Mr. Detective, Ludo, Monopoly, cada año era uno diferente o nos renovaban los más gastados. Yo era el más chico y quería siempre jugar con los grandes. Ven, me decías, tú y yo vamos

juntos, yo te enseño. Nos sentábamos en el piso, yo entre tus piernas. Te armabas de paciencia para explicarme las reglas, dejabas que yo moviera las fichas o que lanzara los dados. Parecía divertirse, sonreías, me hacías cosquillas, me defendías, de las “tramposerías” de los otros, de cuando querían robar mí turno o avanzar casillas demás. “No sean malos”, te oí decir más de una vez.

Luego crecimos, creciste. Te ibas haciendo señorita, y por supuesto tus intereses comenzaron a cambiar, como es natural. Menos paciencia, menos ganas de estar conmigo, de atender al hermanito chiquito. Tú atención se posaba levemente en los chicos de la cuadra, de tú edad o un año mayor. Aunque igual me tomabas de la mano cada mañana al salir de casa para ir a la escuela, una vez en el portón de entrada me decías, “sino me ves al salir, me esperas aquí, no te vayas sólo”.

En la pequeña fiesta de tus quince años lucías radiante. Llegó el momento del vals, con papá, con los tíos, con los primos, con los hermanos, la sonrisa parecía congelada en tu rostro. Fue mi turno, sin dejar de sonreír tomaste mi mano y la colocaste sobre tu cintura, posaste la tuya sobre mí hombro y con la otra sujetaste la mía. Las suaves notas nos hicieron girar y girar, estabas tan feliz.

Conociste a ese muchacho y lo llevaste a casa. Para mí todo sucedió tan rápido, el noviazgo, la boda, el nacimiento de tú primera hija, luego la segunda. Cuando reparé, ya no vivía en casa de nuestros padres y tu

llevabas una vida de mujer casada y con hijos, más sin embargo, la sensación de tú mano cálida y fraternal estaba allí, presente.

La vida va transcurriendo y creo no llegamos a ser plenamente conscientes de ello. Muchas circunstancias, muchos sucesos, el vivir, se supone que nuestra propia vida. La distancia que imprime la cotidianidad, que nos imponemos nosotros mismos, los años. No nos damos cuenta, no somos conscientes. Aquella llamada telefónica fue como un corrientazo, como un cable a tierra...y no estuve allí para tomar tú mano.

Contenido

La foto	5
La escuela	9
El galán y la candida muchacha	13
La última voluntad	15
La puerta	19
El encuentro	25
A un paso	33
Colegas	37
Tú mano	49

**Este libro se diseñó y exportó
para su publicación en Amazon
el día 22 de mayo de 2021, en el
Taller Editorial del poeta Luis
Perozo Cervantes, ubicado en
la ciudad de Maracaibo, en el
estado federal del Zulia, al norte
de Suramérica, en continente
descubierto por Cristobal Colón,
dentro del Planeta Tierra; en el
mismo día pero de 1994 en que
falleciera el escritor y lingüista
Iraset Páez Urdaneta**

www.sultanadellago.com